



El Juicio Comienza por la Casa de Dios



Carta de enseñanza Por Derek Prince

Como cristianos, nos enfrentamos a una cruda e innegable realidad: nuestras naciones han caído bajo el juicio de Dios. Hay muchas razones para ello, pero se pueden resumir en una simple afirmación: hemos cometido el pecado por el cual Esaú fue rechazado; hemos despreciado nuestra primogenitura (Hebreos 12:15-17).

Este análisis se limita a la situación en Estados Unidos. Sin embargo, gran parte de lo que digo se aplica a otras naciones herederas de la tradición judeocristiana y a la iglesia mundial. ¡Que Dios nos ayude a cada uno a asumir nuestra responsabilidad personal!

Dios nos juzga según la medida de luz que hemos recibido. Jesús les dijo a los judíos de su época que su juicio sería mucho más severo que el de Sodoma y Gomorra, porque habían recibido una revelación mucho mayor de la verdad (Mateo 11:20-24).

Lo mismo se aplica a Estados Unidos en este siglo. Ninguna otra nación ha tenido el mismo acceso a la Palabra de Dios que se le ha concedido al pueblo estadounidense. A través de la cultura y la tradición, de las iglesias y los evangelistas, de la radio y la televisión, y de la palabra impresa, Estados Unidos ha sido bendecido más que ninguna otra nación con el conocimiento de la verdad de Dios. Nuestro juicio por rechazarla será igualmente severo. Muchos cristianos no se dan cuenta de que el juicio de Dios no comienza con la gente del mundo, sino con el pueblo de Dios. Pedro les dijo a los cristianos de su época:

Porque es tiempo de que el juicio comience por la casa de Dios; y si primero comienza por nosotros, ¿cuál será el fin de aquellos que no obedecen al evangelio de Dios? (1 de Pedro 4:17).

Estas palabras se aplican igualmente a la iglesia en Estados Unidos hoy. De todos los pecados que podrían achacarse a la iglesia contemporánea, basta con centrarse en dos: el materialismo y la permisividad. En Lucas 17:26-30, Jesús predijo que el período anterior a su regreso sería como los días de Noé y Lot. Mencionó específicamente ocho actividades características de aquellos días: comer, beber, casarse, dar en matrimonio, comprar, vender, construir y

plantar. Sin embargo, no hay nada intrínsecamente pecaminoso en ninguna de estas actividades. ¿Cuál era, entonces, el problema?

El problema era el materialismo. La gente de aquella época estaba tan absorta en estas actividades materialistas que ignoraba el inminente juicio de Dios sobre su estilo de vida mundano. Cuando llegó el juicio, estaban totalmente desprevenidos. Lo mismo ocurre hoy con la mayoría de los que se dicen cristianos en Estados Unidos. Si el juicio final de Dios anunciara repentinamente el regreso de Cristo, estarían totalmente desprevenidos.

Al igual que el materialismo, el pecado de la permisividad suele pasar desapercibido. Hace algunos años, mientras oraba, tuve una imagen mental del interior de una iglesia típica con filas de bancas, una plataforma, un púlpito, un piano, etc. Pero todo el edificio estaba envuelto en una especie de niebla. Se distinguían los contornos de los objetos, pero nada estaba definido con nitidez. Mientras me preguntaba qué representaba esa niebla, Dios me dio una palabra clara: permisividad.

En la iglesia contemporánea, la mayoría de las principales verdades morales y doctrinales, tan claramente enunciadas en el Nuevo Testamento, se han vuelto confusas e ineficaces. En 1 Corintios 6:9-10, Pablo escribió:

“¿No sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios? No erréis; ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los que se echan con varones, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los estafadores, heredarán el reino de Dios”.

Sin embargo, la iglesia actual está llena de personas que cometen estos pecados, pero permanecen totalmente indiferentes. De hecho, a menudo se jactan de tales pecados.

Un miembro de la iglesia yacía en un hospital, muriendo de SIDA, enfermedad que había contraído por su homosexualidad. Entonces aceptó a Cristo y recibió un Nuevo Testamento. Tras leer parte del Nuevo Testamento, envió un mensaje urgente a la persona que lo había guiado a Cristo: «Ven y ora por mí. Necesito liberación. Nunca supe que hubiera algo malo en mi estilo de vida».

Hace varios años, durante la época navideña, nuestro equipo nos había asignado a Ruth y a mí la participación en

dos programas de televisión de la cadena PTL. Como no vemos la televisión, no teníamos ni idea de qué esperar. Se suponía que yo sería el orador principal. De la primera hora, me dieron diez minutos, y de la segunda, veinte. La mayor parte del tiempo se dedicó a pedir dinero y a vender muñecas Tammy. Si mal no recuerdo, Ruth y yo fuimos las únicas personas que mencionamos a Jesús.

Poco después, se hicieron públicos los escándalos que ahora son tristemente célebres. Pero, personalmente, lo más impactante para mí no fueron las faltas sexuales ni financieras, por graves que fueran. Lo que me impactó entonces, y aún me impacta hoy, es darme cuenta de que millones de estadounidenses se veían constantemente expuestos a una imagen totalmente falsa del cristianismo: una que no dejaba lugar para la cruz, con sus exigencias de humildad, santidad y una vida de sacrificio. ¡Qué terrible es comprender que quienes se han dejado seducir por semejante presentación quizá nunca lleguen a conocer la verdadera realidad del Evangelio!

El escándalo de PTL ya es historia, pero nos ha dejado una pregunta que debemos responder: ¿fue simplemente un fenómeno aislado o fue un síntoma de una enfermedad que afecta al Cuerpo de Cristo en toda América?

Sin embargo, dentro de la iglesia aún existe un remanente de seguidores sinceros y devotos de Jesús. Si nos encontramos entre ellos, ¿cómo nos pide Dios que respondamos a las crisis actuales?

Una respuesta clara se encuentra en 2 Crónicas 7:14:

Si se humillare mi pueblo, sobre el cual mi nombre es invocado, y oraren, y buscaren mi rostro, y se convirtieren de sus malos caminos; entonces yo oiré desde los cielos, y perdonaré sus pecados, y sanaré su tierra.

La frase “mi pueblo, sobre el cual mi nombre es invocado” se aplica a todos los cristianos que toman el nombre de Cristo sobre sí mismos.

Durante mucho tiempo he enseñado sobre este pasaje bíblico, ¡pero recientemente me enfrenté a una revelación impactante! El pueblo de Dios en nuestros días jamás ha cumplido la primera condición. Nunca nos hemos humillado verdaderamente. Nuestro orgullo —tanto religioso como racial— sigue siendo una barrera que impide que nuestras oraciones por nosotros mismos y por nuestra nación sean respondidas.

A través de las intensas experiencias de Dios en mi vida, he aprendido la manera más eficaz de humillarnos: simplemente, confesando nuestros pecados. Si confesamos nuestros pecados a Dios con regularidad y sinceridad, es imposible acercarnos a Él con orgullo. Además, he visto que Dios solo se ha comprometido a perdonar los pecados que confesamos.

Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad. (1 de Juan 1:9).

Los pecados no confesados son pecados no perdonados. Así, la barrera del orgullo levanta una segunda barrera de pecado no perdonado.

La Biblia nos exhorta a confesar nuestros pecados no solo a Dios, sino también unos a otros.

Confesaos vuestras ofensas unos a otros, y orad unos por otros, para que seáis sanados. (Santiago 5:16).

Confesar nuestros pecados a Dios trata con nuestro orgullo vertical; confesarlos unos a otros trata con nuestro orgullo

horizontal. Difícilmente podemos mantener una actitud de orgullo hacia alguien a quien acabamos de confesar nuestros pecados personales.

Esto se aplica especialmente a la relación entre esposos. Quienes se confiesan regularmente sus pecados mutuamente no se ven separados por una barrera de orgullo.

Además, la confesión del pecado es un requisito esencial para una intercesión eficaz. Daniel fue uno de los personajes más justos de la Biblia, pero cuando se dispuso a interceder por su pueblo Israel, comenzó reconociendo su propia participación en el pecado de ellos (Daniel 9:3-13).

Creo que Dios espera que nosotros, como cristianos estadounidenses, nos humillemos ante Él y los unos ante los otros confesando nuestros pecados. Solo después de hacerlo podremos reclamar la sanación de nuestra nación. Pero debo advertirles: ¡No se dejen llevar por la introspección morbosa! El Espíritu Santo es «el dedo de Dios» (Mateo 12:28; Lucas 11:20). Pídanle a Dios que señale los pecados que necesitan confesar. Lo hará con absoluta precisión, ¡probablemente sacando a la luz pecados que ni siquiera habían reconocido!

Carta de enseñanza

Transcripción: TL-L001-100-SPA

Última actualización: 07 Oct 2026

Sitio web: [Derekprince.com/es/resources](https://derekprince.com/es/resources)



""Cada creyente tiene
algún aspecto único de
la sabiduría de Dios para
revelar al mundo y lo
revela mediante su
testimonio"."

Derek Prince



[Derekprince.com/es/resources](https://derekprince.com/es/resources)